

## 7.05. Lectura básica 2 Carta empática a un docente

*Sé el cambio que quieres ver en el mundo*  
*Ghandi*

A ti querido docente:

Soy una mujer afortunada, porque he conocido el mundo de la docencia en lugares tan diferentes como Guinea Ecuatorial, España o México.

Fui alumna y soy docente.

No sé si tenga gran autoridad para escribirte esta carta, sin embargo, me anima a hacerlo el profundo deseo de compartir contigo experiencias, vivencias, ilusiones y sobre todo una pasión de servicio que tú y yo tenemos.

Comienzo cronológicamente. Fui alumna en mi infancia y primera adolescencia en un colegio de monjas, solo para niñas. Recuerdo perfectamente a cada una de las profesoras que tuve. Te confieso, que fueron muy buenas instructoras, me ofrecieron muchos conocimientos y me prepararon para destacar académicamente en la etapa siguiente. Sin embargo, tengo la sensación de que el deseo de enseñar conocimientos les llevaba a veces a perder empatía, es decir conexión emocional con nosotras las alumnas.

Recuerdo una vez, tendría 12 años, no me había sabido una lección de geografía física y la profesora me había castigado. Los castigos que nos daban consistían en quedarnos en el centro escolar, estudiando hasta que la profesora tuviera a bien enviarnos a nuestra casa. Habían pasado ya 3 horas desde que el resto de mis compañeras se había ido, porque habían terminado las clases. Era invierno y en mi pueblo anochece pronto y además hace mucho frío por las noches. Yo estaba sentada en un banco en la galería de las aulas, muerta de hambre y de frío, de pronto, pasó una profesora y me vio y me dijo:

- ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado Mari Jose?
- Que me ha castigado la hermana Juana, porque no me supe todas las capitales de América.
- ¿Y estás aquí desde las 5? (A las 5 salíamos del colegio por las tardes, porque la jornada estaba partida)
- Sí
- Pero hija mía estarás muerta de hambre, además que aquí hace mucho frío y ya es de noche, tu madre estará muy preocupada por ti.
- Pues sí, pero no me puedo ir hasta que me den permiso para hacerlo.
- Comprendo, dijo.

Me miró con tanta ternura, mezclada con tristeza, que sentí un regusto caliente que, por unos segundos, se llevó el frío helado de mi cuerpo. Se fue cabizbaja, caminando lentamente, como si no me quisiera dejar más tiempo allá sola. Aunque también es verdad, que me dio la impresión, que casi al final del pasillo aceleró el paso, como si tuviera que hacer algo urgente. Y es que sí que tenía que hacer algo urgente, se fue a buscarme un trozo de pan con chocolate y me lo dio con la sonrisa más sincera que en mi vida había visto.

- Come hija, que por lo menos tengas el estómago lleno.

Me dijo y se volvió a marchar ahora sí con la sonrisa y satisfacción de haberse hecho comprensivamente empática conmigo.

Media hora más tarde, llegó la profesora que me había castigado. Pasaba por la galería de pura casualidad, cuando me vio sentada en el banco. Lo que me dijo me dejó helada.

- ¿Pero se puede saber que haces aquí todavía, no te das cuenta de la hora que es, pareces tonta, hija mía?
- Es que usted me dijo que no me podía ir sin su permiso.
- Pero “alma de cántaro” (expresión típica de su tierra, sinónima de torpe), si está viendo que es de noche, podías imaginarte que a mí se me había olvidado que tú estabas castigada. Anda, anda, recoge las cosas y quítate de mi vista.

Rápidamente recogí mi cartera y me fui corriendo para mi casa. En mi corazón había una sensación de decepción e impotencia. En lugar de pedirme una disculpa por su olvido, me había llamado a mí, torpe por no desobedecerla.

Aunque la decepción no era lo único que sentía, también estaba contenta y agradecida porque la otra profesora, había sentido compasión por mí y me había regalado la merienda.

Esta experiencia como alumna, marcó mi espíritu como docente. Como educadora me centré siempre (al menos eso fue lo que traté de hacer, tal vez tuve errores y ni me di cuenta de ello), repito me centré en la persona (alumno o compañero) y no en los contenidos. Los contenidos académicos eran el medio para formar a la persona y nunca fueron para mí un fin.

De hecho, alguna vez, siendo directora de un centro de primaria en Guinea Ecuatoria, me tocó llevarle la contraria a una compañera, cuando quería poner los contenidos por encima del alumno.

Te cuento mejor lo que sucedió para que me comprendas y tú puedas evaluar si obré correctamente.

Alberto, era un chico estudioso, aunque tenía una familia muy disfuncional. Su padre tenía dos mujeres y por lo tanto dos familias. Su madre estaba siempre enojada porque ella, aunque era la oficial, no era a la que más caso le hacía. Como Alberto, era el hijo mayor, único de su madre y además se parecía muchísimo a su padre, con él desahoga todos sus corajes y muchas veces le golpeaba e incluso lo sacaba de la casa y lo dejaba toda la noche en el patio, porque si su padre no quería estar con ella, él tampoco.

Cuando le sucedían estas cosas, Alberto, lógicamente no podía hacer los deberes, ni estudiar, además que ni siquiera dormía, ni comía y por supuesto esos castigos injustos de su madre le generaban mucha rabia e impotencia.

Una mañana, Alberto llegó al colegio, después de haber pasado toda la tarde y la noche castigado sin poder entrar en su casa, porque su padre se había ido de viaje y se había llevado a la otra (su segunda esposa).

Yo lo vi al entrar y estuve hablando un poco con él, me contó y lloró conmigo y yo le di de desayunar y me comprometí con él, en ir a hablar con su madre, porque tenía la intención de no dejarlo entrar en la casa hasta que regresara su padre.

Alberto se fue a las clases, yo me quedé en la dirección. No había pasado ni la primera hora de clase, cuando vi que Alberto estaba en el patio, lo cual me llamó la atención porque sabía que tenía clases de física y química. Me acerqué a

preguntarle y me dijo que la profesora le había expulsado porque no había hecho los deberes.

Al decírmelo se puso nuevamente a llorar, tal vez de impotencia y de cansancio. Le pedí que se viniera conmigo a la dirección y le invité a sentarse en un sillón bastante cómodo que tenía para las visitas y que se durmiera un ratito.

Yo me fui a dar una clase y lo dejé allí profundamente dormido.

A la hora del receso, la profesora buscó a Alberto en el patio y como no lo vio, se fue a la dirección para decirme que se había escapado del colegio. Su sorpresa fue que lo encontró durmiendo allí.

En lugar de esperarme y preguntarme “¿por qué estaba allí Alberto durmiendo?”, eligió zarandearle y gritarle para que se despertara y por supuesto regañarle por estar ahí tranquilamente dormido, en lugar de estar castigado.

Alberto tenía la cabeza gacha, estaba asustado porque le habían despertado intempestivamente y porque además lo estaban regañando.

Lo último que dijo la profesora es que se merecía una expulsión por faltarle al respeto y que en cuanto yo llegara al despacho me iba a pedir que lo hiciera.

Efectivamente yo llegué y ella lo pidió.

Yo le pedí a Alberto que se fuera al patio a jugar con sus amigos y le invité a sentarse.

Le conté todo lo que había sucedido con Alberto el día anterior, es decir las verdaderas razones por las que no había hecho los deberes. Le dije también que había sido yo la que le había pedido al verlo en el patio, que se durmiera un rato en el sillón. Después le pedí que comprendiera la situación y que le levantara el castigo y no me pidiera que lo expulsáramos.

Ella me dijo que no estaba de acuerdo, porque si éramos tan blandas, los alumnos no se esforzaban por estudiar.

Entonces yo le dije:

— Comprendo tu postura. Me queda claro que tenemos diferencias de opiniones sobre que es lo importante para la educación de un niño. Alberto normalmente es alumno aplicado y estudioso y considero que en esta ocasión una expulsión sería añadirle más dolor a su situación personal y no lo voy a hacer. Creo que tenemos que hacer un mayor esfuerzo por conocer el mundo de nuestros alumnos para poderles educar con algo más que los contenidos académicos. La lección que yo le quiero enseñar hoy es que los adultos también nos podemos poner en su lugar y sentir compasión y empatía ante sus problemas familiares. Te propongo, que le pidas que hoy se quede en el aula para hacer los deberes de ayer y los que le hayas puesto para mañana. Así después del comedor que regrese a hacer los deberes y de esta manera te aseguras de que mañana si los traerá.

Mi compañera, aunque no muy convencida aceptó mi propuesta. Alberto estaba encantado de poder hacer los deberes en el aula, porque tenía miedo de lo que se iba a encontrar al regresar a la casa.

Ya han pasado muchos años de esta historia, Alberto ya es un adulto y es un gran docente.

Él me dijo una vez:

- Maestra, contigo aprendí el valor que tiene el ser humano y comprendí que la mejor manera de educar es hacerlo con amor.
- Efectivamente, Alberto, ahí está el secreto del verdadero docente, el que sabe que su preocupación máxima es ser un ejemplo de calidez, comprensión y paciencia. Los contenidos se aprenden cuando el alumno y el maestro están en la misma sintonía, la de la comprensión respetuosa y la confianza en el potencial del otro. Cuando el maestro se hace compañero que escucha, pregunta, invita a explorar e investigar, celebra los logros y aprendizajes, es entonces cuando la educación cobra todo el sentido.

Querido docente, te dejo estos mensajes, para que empatices con mis propias experiencias y te preguntes:

**¿Cuál es tu verdadero propósito como docente?**

**¿Qué experiencias de empatía has tenido con tus alumnos?**

Gracias por leerme y reflexionar sobre tu propia vida a propósito de mi carta.